

Una colección, un congreso, una asociación. Antecedentes de la creación de un Museo y Biblioteca de Indias en Madrid

A collection, a congress, an association. Background
of the creation of a Museum and Library
of the Indies in Madrid

LEONCIO LÓPEZ-OCÓN

Instituto de Historia-CSIC, España

leoncio.lopez-ocon@cchs.csic.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0189-5646>

Abstract: In the midst of the civil war the government of the Spanish Republic decided, in October 1937, to create in Madrid a Museum and Library of the Indies. Such enterprise was possible thanks to the donation made by Juan Larrea of his collection of Peruvian antiques. This article examines the context in which this cultural and scientific project was conceived. To this end, it presents the actors who were involved in this decision-making process and explains why the name “Indies” was given to the two new cultural institutions that were to be created, the seed of the current Museum of America. It also analyzes how this governmental decision of 1937 is the culmination of a series of initiatives adopted in the Republican years to promote the knowledge of American archaeology and ethnography in academic circles and in Spanish society.

Keywords: Juan Larrea; Peruvian antiques; Museum of America; Americanists; International Congresses; Exhibitions.

Resumen: En octubre de 1937 el gobierno de la República española, en medio de la Guerra Civil, decidió crear un museo y una biblioteca de Indias en Madrid, impulsado por la donación efectuada por Juan Larrea de su colección de antigüedades peruanas. En este artículo se examina el contexto en el que se gestó esa iniciativa cultural y científica. Para ello se presenta

a los actores que se involucraron en esa toma de decisión y se explica el porqué de la denominación de “Indias” para las dos nuevas instituciones culturales que se pretendía crear, germen del actual Museo de América. Y también se analiza cómo esa decisión gubernamental de 1937 es el colofón de una serie de iniciativas adoptadas en los años republicanos para promover el conocimiento de la arqueología y la etnografía americanas en los medios académicos y en la sociedad española.

Palabras clave: Juan Larrea; Antigüedades peruanas; Museo de América; Americanistas; Congresos internacionales; Exposiciones.

PREÁMBULO

Durante largo tiempo se consideró que el actual Museo de América de Madrid tuvo una génesis franquista, considerándose al respecto dos fechas fundacionales. Una de ellas sería la orden de 24 de abril de 1939,¹ en la que se creaba el Museo Arqueológico de Indias². La otra fue el 19 de abril de 1941, cuando se sentaron las bases de lo que con el paso de los años sería el actual Museo de América (1944).

Pero, a finales de la década de 1970, se evocó (Ramos y Blasco 1979, 81-85) un intento precedente, surgido en la España republicana, para crear un Museo de Indias. Tal fue la orden firmada el 7 de octubre de 1937 por el ministro de Instrucción Pública y Sanidad y dirigente comunista Jesús Hernández y que apareció en la *Gaceta de la República* pocos días después, el 12 de octubre de 1937, “Fiesta de la Raza”,³ a la que se alude en el preámbulo de la orden. En ella se justificaba esa iniciativa republicana mezclando argumentos geopolíticos e historicistas:

La gran lucha que sostiene España en defensa de los fundamentos mismos de su cultura, obliga a su Gobierno a velar por cuanto con ésta se relaciona. Por eso, una de sus vivas atenciones se proyecta hoy sobre el porvenir cultural hispanoamericano, con el que lo español se encuentra tan profundamente unido. De aquí que al llegar el día de la Fiesta de la Raza, en el que se conmemora la grandeza de aquel pueblo que fue nuestro y se hizo de todos, y que en un impulso eminentemente colectivo dio vida y universalidad al Nuevo Mundo, quiera el Gobierno de la República, por una parte, ofrecer a la hermandad americana una prueba cierta de interés que el conocimiento, no sólo de cuanto en esos países es de estirpe hispana, sino de aquello otro que le es propio y privativo, despierta hoy en la nueva voluntad cultural española, y, por otra parte, recoger y completar lo que hay de mejor en la tradición, exaltando el valor de la obra llevada a cabo por soldados y misioneros que en crónicas y relaciones describieron las modalidades de las culturas aborígenes de tan elevado interés científico como artístico.

¹ Se publicó en el *Boletín Oficial del Estado* del 1 de mayo de 1939.

² Sobre esta cuestión, Consuelo Sanz-Pastor y Fernández de Piérola (1972, 281) señala que ese “Museo Arqueológico de Indias” no llegó a constituirse, pero su idea fecundó la existencia del actual Museo de América.

³ Un análisis del momento fundacional de esa fiesta y de su significado político-cultural en García Sebastiani (2018).

Además, los redactores de esa orden, elaborada en una fase crucial del desarrollo de la contienda civil y en una situación paradójica de la República española,⁴ ubicaban su toma de decisión en un hilo de continuidad de la política cultural y científica de la España republicana. Hacían por ello una mención explícita a sus antecedentes inmediatos relacionados con el XXVI Congreso Internacional de Americanistas que se había inaugurado en Sevilla dos años antes, precisamente el 12 de octubre de 1935. Añadían, en efecto, en el preámbulo:

A este propósito, y en el convencimiento de que nada puede haber más fecundo y digno de los pueblos cuya fiesta se celebra que la creación de un instrumento de trabajo ordenado a un alto fin de cultura, el Gobierno de la República siente hoy la satisfacción de recoger y dar realización a una vieja idea española, colmando, al propio tiempo, los deseos formulados por el XXVI Congreso Internacional de Americanistas, que recabó de los Poderes públicos la creación en Madrid de un Museo de Indias.

A continuación se enumeraban las seis disposiciones que permitirían dar forma al nuevo complejo científico y cultural, formado por un museo y biblioteca, que quería auspiciar el gobierno republicano, recluido en Valencia. Tales disposiciones eran las siguientes:

Primero. Que con fecha 12 de Octubre de 1937, se cree en Madrid un Museo de Indias, en el que tendrán cabida todos los materiales arqueológicos, históricos y artísticos, originales y reproducidos, procedentes de América y antiguas posesiones españolas de ultramar, y tanto de la época precolombina como de la colonial.

Segundo. Que la base de este Museo, llamado a adquirir un gran desarrollo, estará formada por los fondos de la Sección Etnográfica Americana y Filipina del Museo Arqueológico Nacional y por la colección de antigüedades peruanas donada recientemente por don Juan Larrea.

Tercero. Que se cree asimismo una Biblioteca de Indias, destinada a reunir el patrimonio espiritual impreso y manuscrito de América y antiguas posesiones de ultramar, de la que formarán parte:

- a) Cuantos libros hayan visto la luz en aquel continente e islas Filipinas hasta el fin de la colonización.
- b) Los procedentes de cualquier lugar y época, de contenido americano o filipino.
- c) La producción bibliográfica moderna que sea expresión de la vida espiritual americana y filipina.

Cuarto. Que la base de esta Biblioteca esté compuesta por los fondos impresos y manuscritos de las secciones “Ultramar” e “Hispanoamericana” de la Biblioteca Nacional y por los demás fondos referentes a América y antiguas posesiones españolas de ultramar que puedan ser desglosados, tanto de la Biblioteca Nacional como de las demás bibliotecas.

⁴ 1937 fue un año paradójico en el devenir de la Segunda República española. Se sucedieron los reveses militares, pero su labor cultural fue hiperactiva. En el exterior organizó la participación española en la exposición internacional de Artes y Técnicas desarrollada en París entre el 25 de mayo y el 25 de noviembre de ese año, y en cuyo pabellón se expuso por primera vez el Guernica de Picasso. En el interior promovió numerosas actividades, desde la organización de congresos de escritores a la edición de una buena gama de publicaciones científicas. Un balance de esa tarea colectiva en VV AA (1936).

Quinto. Que la organización y servicio de estos establecimientos estén encomendados al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

Sexto. La Dirección general de Bellas Artes dictará en su día disposiciones complementarias para la mejor ejecución de la presente Orden.

Este significativo documento ha sido tomado en consideración por la historiografía que se ha ocupado del americanismo español en la década de 1930 (Ramos y Blasco 1979; Bernabéu 2007; Vélez 2008), pero cabe profundizar en diversos aspectos relacionados con su contextualización, y con sus consecuencias en el desarrollo de los estudios americanistas.

De ahí que a continuación se aborden estas cuestiones desde una doble perspectiva. Por un lado exponiendo brevemente el contexto de la gestación de esa iniciativa cultural y científica republicana presentando los actores involucrados en ella, y explicando el porqué de la denominación de “Indias” para las dos nuevas instituciones culturales que quería promover el gobierno republicano, como eran un museo y una biblioteca de Indias. Por otra parte, informando más detalladamente del destacado papel desempeñado por la colección formada por Juan Larrea durante su viaje al Perú entre 1930 y 1931⁵ en la iniciativa adoptada por el ministro Jesús Hernández en el otoño de 1937, y en la promoción de los estudios sobre la América antigua en los años de la Segunda República española.

EL HORIZONTE DE LAS INDIAS EN UNA TOMA DE DECISIÓN COLECTIVA

En el documento presentado líneas atrás solo aparece un nombre, el de Jesús Hernández Tomás, ministro de Instrucción Pública y Sanidad a partir del 17 de mayo de 1937, aunque previamente, desde el 4 de septiembre de 1936, ya había asumido responsabilidades gubernamentales como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Durante el desarrollo de la guerra de España ese ministro, un enérgico dirigente comunista, había entablado una sórdida lucha contra la influencia de la embajada soviética en los asuntos militares y políticos de la República en guerra, negándose junto al secretario general del PCE, José Díaz, a ser “cipayos del Kremlin” (Hernández 1974, 137). En el marco de esa pugna con la URSS, recrudescida a partir de mayo de 1937, cuando se desató por parte de los enviados de Stalin una persecución contra los trotskistas del POUM, ambos dirigentes comunistas –José Díaz y Jesús Hernández– acordaron desplegar una campaña tendente a despertar entre los 300.000 afiliados del Partido Comunista de España y en el resto de las fuerzas republicanas “un sentimiento de orgullo por todo lo español” (Hernández 1974, 138-139) a través de su poderoso aparato de propaganda. En el marco de esa campaña cabe ubicar la orden de creación

⁵ Véase al respecto el estudio de Gutiérrez Bolívar (1995).

del Museo y Biblioteca de Indias en cuyo preámbulo se encuentra una exaltación –sorprendente a primera vista en un texto firmado por un comunista– del “valor de la obra llevada a cabo por soldados y misioneros que en crónicas y relaciones describieron las modalidades de las culturas aborígenes de tan elevado interés científico como artístico”, pero que resulta congruente con la campaña propagandística que habían decidido impulsar los dirigentes comunistas del PCE para difundir los aspectos creativos de la proyección global de la cultura española.

El otro político al que se alude en el mencionado documento era el director general de Bellas Artes, al que se responsabilizaba de la ejecución de esa orden. Ese cargo lo ocupó durante toda la guerra de España el pintor, foto-montador, muralista y militante comunista Josep Renau.

Pero, tras la elaboración del documento oficial por el que se creaban la Biblioteca y Museo de Indias, se encontraban otros autores, de los que tenemos conocimiento por las noticias proporcionadas por uno de ellos en algunos de sus textos de combate y autobiográficos. En efecto, años adelante, Juan Larrea ofrecerá las pistas adecuadas sobre la autoría de ese documento al escribir:

El 12 de octubre de 1937, en plena guerra española de defensa contra la belicosidad substancial a las mentalidades y poderes reaccionarios del mundo antiguo, se publicó un decreto –redactado por don Tomás Navarro Tomás en colaboración con quien esto escribe–, mediante el cual se creó oficialmente con todos los honores y miras al futuro, el Museo y Biblioteca de Indias (Larrea 1960, 41).

Así pues, el documento suscrito por el ministro comunista Jesús Hernández fue redactado por dos personas, más conocidas por actividades científicas y artísticas varias que por su profesión inicial.

En efecto, Tomás Navarro Tomás es considerado uno de los grandes fonetistas contemporáneos⁶, disciplina lingüística que promovió en la Universidad de Madrid y, sobre todo, en el Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), donde fue el colaborador más directo –junto a Américo Castro– de su director, el fundador de la Escuela de Filología española, Ramón Menéndez Pidal. Desde 1909 formaba parte del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, corporación responsable, desde mediados del siglo XIX, de la conservación y gestión de la memoria colectiva del Estado español almacenada en los lugares de la memoria que son los archivos, bibliotecas y museos. Como integrante de ese cuerpo asumió interinamente la dirección de la Biblioteca Nacional en los años de la Guerra Civil, ejerció la presidencia de la co-

⁶ Véanse, al respecto, Zamora Vicente (1979); López-Ocón, Albalá Hernández y Gil Fernández (2007) y el texto titulado “Por una política de la memoria. Razones para nombrar a la Biblioteca de Humanidades y Ciencias Sociales del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC como Biblioteca Tomás Navarro Tomás”, en: http://biblioteca.cchs.csic.es/exposiciones/dia_libro_2011/justificacion.pdf (31/03/2019).

misión gestora del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y fue nombrado vicepresidente de la Junta de Protección del Patrimonio Artístico, convirtiéndose en estrecho colaborador del ministro Jesús Hernández y del director general de Bellas Artes, el ya mencionado Josep Renau. Asimismo, asumió otras importantes funciones en la política cultural y científica de la República en guerra como ser secretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y patrono de la Casa de la Cultura de Valencia, patronato que presidía Antonio Machado.

Juan Larrea, por su parte, es conocido fundamentalmente por su obra poética vanguardista, reunida en el volumen *Versión celeste*, de 1970, y por numerosos ensayos filosóficos, artísticos⁷ y, sobre todo, literarios, al convertirse en exégeta de la obra de diversos poetas latinoamericanos como el nicaragüense Rubén Darío (Larrea 1987), el chileno Vicente Huidobro y, en especial, de su íntimo amigo el peruano César Vallejo (Larrea 1957, 1980). Esa producción literaria es considerada por los críticos como “una de las más valiosas y significativas aportaciones del exilio republicano español a la escritura de nuestro tiempo”.⁸ Pero lo que no se ha destacado suficientemente es que Larrea, tras sus estudios universitarios de Filosofía y Letras, ingresó, en 1921, años después de Tomás Navarro Tomás, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Ciertamente, en esta corporación ejerció por poco tiempo. En 1926 pidió una excedencia para trasladarse a París, donde iniciaría su vocación literaria en compañía de César Vallejo. Con este poeta peruano fundó la revista *Favorables Paris Poema*, sumergiéndose en la intensa vida artística parisina, y entablando estrecha relación con numerosos artistas vanguardistas como Tristan Tzara. Pero su pertenencia a ese cuerpo de gestores de la memoria le permitió adquirir sólidos conocimientos como arqueólogo que fueron fundamentales para obtener una valiosa colección de antigüedades peruanas durante su estancia en el año 1930 en el Cuzco, adonde viajó como “aventurero del Espíritu” tras haberse casado en Francia con Marguerite Aubry.⁹ Tal colección, cuyas vicisitudes serán analizadas más adelante, sería donada por Larrea al Estado español en el verano de 1937, convirtiéndose ese acto filantrópico en elemento decisivo para la constitución del Museo y Biblioteca de Indias el 12 de octubre de ese año.

⁷ Entre esos ensayos destacan sus libros publicados en 1944 y 1947 en inglés con traducción al castellano en 1977. Esta obra fue considerada por el propio Picasso como una de las mejores interpretaciones del *Guernica*, el simbólico cuadro de la tragedia de la Guerra Civil española. Juan Larrea fue, según su testimonio, quien dio la noticia a Picasso del bombardeo de esa villa vasca el 27 de abril de 1937 en el café Flore de París, un día después de la masacre. Y fue Larrea quien, al parecer, convenció a Picasso de que la obra encargada para el pabellón español de la Exposición Internacional que se iba a inaugurar semanas después en París dedicada a las Artes y a las Técnicas tomara como tema *Guernica*, la villa martirizada por la aviación nazi.

⁸ Así se señala en la edición que hizo Pere Gimferrer en 1990 en la editorial Seix Barral de *Orbe*, el diario de anotaciones que hizo Larrea entre 1926 y 1932.

⁹ Sobre las condiciones en las que adquirió esa colección, véase lo que dirá años adelante Larrea (1960, 31-32).

El mismo Larrea justificaría años después ese gesto altruista de esta manera:

Pronto estimó oportuno, según su evaluación de las circunstancias, marcar la relación existente entre el destino del Nuevo Mundo del porvenir y el de la República nacida en España el primer día de las Américas (14 de abril de 1931), donando la referida colección de antigüedades incaicas al pueblo republicano español. Eran valores que, en su sentir, se correspondían mutuamente. Procurábase a la vez precipitar de este modo y con su sentido profundo, la creación del Museo de Indias por el que desinteresadamente había venido afanándose (Larrea 1960, 40-41).

En el agradecimiento público que le hizo el gobierno republicano español, a través de una resolución del subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, el también comunista Wenceslao Roces, fechada en Valencia el 13 de septiembre de 1937, se le reconoció como “erudito arqueólogo”¹⁰.

De sus capacidades como cualificado arqueólogo había dado muestras no solo a través de la formación de su colección de antigüedades incaicas, mediante procedimientos discutibles que años adelante le serían reprochados, entre otros por Pablo Neruda,¹¹ sino también con la publicación de dos monografías que publicó a lo largo de 1936 en las páginas de la revista *Tierra Firme*, editada por la sección de Estudios Hispano-Americanos del Centro de Estudios Históricos de la JAE.¹²

En la primera (Larrea 1936a y 1960, 267-290)¹³ estudió un singular vaso del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, regalado por el gobierno del Perú tras haber sido exhibido en la exposición histórico-americana de 1892 con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.¹⁴ Aprovechó la ocasión para lanzar dardos contra Manuel Ballesteros Gaibrois,¹⁵ quien tendría luego en la España franquista una carrera meteórica.

¹⁰ Así consta en tal resolución publicada en la *Gaceta de la República* nº 266, 23 de septiembre de 1937 p. 1190.

¹¹ En su “Oda a Juan Tarrea”, publicada en *Nuevas odas elementales* (Neruda 1956). Larrea se defendió de esos ataques y explicó las razones de la inquina que le tenía Pablo Neruda en “Carta a un escritor chileno interesado por la ‘Oda a Juan Tarrea’ de Pablo Neruda”, redactada en Córdoba (Argentina) el 21 de mayo de 1964 y publicada tiempo después (Larrea 1967).

¹² Existe una edición facsímil de esa publicación editada en siete volúmenes por la Residencia de Estudiantes y el CSIC, acompañadas de un volumen introductorio (Bernabéu y Naranjo 2007).

¹³ La primera versión de ese texto está firmada en mayo de 1936. En la reproducción del artículo que hizo en su libro *Corona incaica* de 1960 Larrea añadió una carta de Max Uhle felicitándolo por su trabajo, fechada en Berlín el 30 de enero de 1938.

¹⁴ Sobre esa exposición, véanse Ramírez Losada (2009) y Rodrigo del Blanco (2018).

¹⁵ En ese artículo de mayo de 1936 reproducido y ampliado en 1960, Larrea ataca a Ballesteros Gaibrois de esta manera: “En 1935, Manuel Ballesteros Gaibrois [en “Un testimonio de la cerámica peruana”, *Tierra Firme*, nº 2, Madrid 1935], ignorando los referidos estudios de Lavachéry y de d’Harcourt, tomó este vaso como pretexto para repetir, utilizando, entre otras cosas, buena parte de un trabajo de Stig Ryden [“Une tête trophée de Nasca” en *Journal de la Société des Américanistes*, t. XIII, Paris, 1930], algunos de los comentarios y conclusiones con que ha contribuido la ya abundante literatura arqueológica al renombre de las llamadas ‘cabezas-trofeos’ de la cerámica nazca”. Y en nota a pie de página añade: “La erudición de segunda mano, si es fácil no deja de presentar serios inconvenientes”,

En la segunda (Larrea 1936b y 1960, 95-101) presentó cinco objetos pequeños de metal de su colección (los nº 472, 474, 475, 479, 482), denominados en quechua *libhuis*, que eran –como muestra Larrea, siguiendo diversos testimonios literarios debidos al jesuita Acosta y al agustino Ramos Gavilán y artísticos como un grabado de la crónica de Poma de Ayala– instrumentos para cazar pájaros o animales pequeños enredándolos.

Así pues, los redactores del documento fundacional del Museo y Biblioteca de Indias en octubre de 1937 fueron dos destacados miembros del cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. No ha de extrañar por tanto que en la quinta disposición de la orden firmada por el ministro Jesús Hernández se acordase encomendar a esa corporación la organización y servicio de esos nuevos establecimientos científicos. Y que debido a las experiencias que habían acumulado, uno –Juan Larrea– como arqueólogo y el otro –Tomás Navarro Tomás– como bibliotecario, decidiesen crear una institución doble, es decir, un museo y una biblioteca, para preservar, custodiar y estudiar todo el patrimonio cultural relacionado tanto con América como con Filipinas que se encontraba depositado fundamentalmente en los fondos de la Sección Etnográfica Americana y Filipina del Museo Arqueológico Nacional y en los fondos de las secciones “Ultramar”¹⁶ e “Hispanoamericana” de la Biblioteca Nacional.

Denominaron a las nuevas instituciones culturales que pretendían crear con el término de “Indias” porque con esa designación se pretendía, a mi modo de ver, integrar en un mismo conjunto a lo americano y a lo filipino. Se enlazaba así con un término que tenía una larga historia en la gestión de la maquinaria imperial y que seguía vigente en los medios académicos. En efecto, desde los inicios de la empresa colonial la administración de todos los territorios ultramarinos se había regulado en la Monarquía hispana a través de organismos ad hoc como el Consejo de Indias. En la década de 1930 la Academia de la Historia mantenía su Comisión de Indias. Aun los historiadores de la España peregrina formada por los exiliados republicanos seguirían usando ese término.¹⁷

El documento fundacional del Museo y Biblioteca de Indias del 12 de octubre de 1937, que se viene comentando, culminaba, además, un esfuerzo colectivo de impulso al conocimiento sobre las antigüedades americanas que se había alentado durante la Segunda República española. Acercarnos a sus características es el objetivo del siguiente epígrafe.

a propósito de la confusión de Ballesteros Gaibrois de atribuir a Miguel Estete el *Anónimo sevillano* de 1534 al seguir acriticamente a Ryden. Este autor había errado en esa atribución al seguir una hipótesis de Ph. A. Means cuando Raúl Porras Barrenechea había mostrado, con criterios sólidos, en su comunicación al XXVI Congreso Internacional de Americanistas, el celebrado en Sevilla en octubre de 1935, que el autor de ese *Anónimo* era el capitán Cristóbal de Mena. Véase Larrea (1960: 270).

¹⁶ Esa sección procedía de la biblioteca de Ultramar formada en el siglo XIX. Véase Ramírez Martín y Domínguez Ortega (2013).

¹⁷ Véase, por ejemplo, Iglesia (1940).

ACTORES E INSTRUMENTOS EN LA PROMOCIÓN DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LA AMÉRICA PRECOLOMBINA DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Los hitos relacionados con la promoción de los estudios de historia antigua americana en la sociedad española en los años previos al estallido de la Guerra Civil fueron, fundamentalmente, tres.

El primero concierne a la creación de una cátedra de arqueología precolombina y etnografía de América en la Academia de la Historia pero aneja a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, financiada por la Fundación Conde de Cartagena. De ella se hizo cargo en 1933 el investigador alemán y profesor de la Universidad de Bonn Hermann Trimborn (Vélez 1997).

El segundo se relaciona con la constitución de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología Americana, presidida por el historiador Rafael Altamira, pero cuyo motor e impulsor fue Juan Larrea, de efímera pero intensa vida en el curso 1935-1936.

El tercero se refiere a la celebración del XXVI Congreso Internacional de Americanistas inaugurado en Sevilla el 12 de octubre de 1935, en el que la sección dedicada a la arqueología americana tuvo una digna representación¹⁸.

Los tres hitos se conectan a su vez con la colección Larrea, como vamos a ver a continuación al hacer un seguimiento de la circulación de esa colección de antigüedades peruanas, germen del decreto constitutivo del Museo y Biblioteca de Indias, según se ha tenido ocasión de constatar.

La circulación de la colección Larrea: del Cuzco a Madrid

Ya se ha indicado cómo Larrea, en los meses en los que vivió en Cuzco a lo largo de 1930, logró proveerse, gracias a la herencia que le legó su madre, de una importante colección de objetos arqueológicos relacionados fundamentalmente con la civilización inca. De manera rocambolesca y oscura —él llegará a decir que la colección “salió sola”— pudo trasladar las 562 piezas de su repertorio desde Lima a tierras francesas en el año 1931¹⁹.

Instalada en París, la colección empezó a ganar celebridad “sin que, retirado a sus vivencias íntimas, diera para ello paso” él mismo, según expuso en su libro *Corona in-*

¹⁸ Las actas de ese Congreso, con prólogo de Gregorio Marañón, no se publicarían hasta 1948, en dos tomos. Están accesibles en la red en la dirección https://www.samorini.it/doc1/alt_aut/ad/Congreso%20Americanistas%20Sevilla%201935.pdf [consultado el 31 de marzo de 2019].

¹⁹ Larrea ofreció en diversas partes de su dilatada obra versiones sobre las circunstancias en las que salió esa colección de tierras peruanas de manera subrepticia. En su diario, que dio lugar al libro *Orbe*, dirá de manera críptica lo siguiente: “Curiosa la manera como se ha resuelto la salida del Perú de mis asuntos... V. faltó como era necesario a la que yo creí cita desde la eternidad, F. faltó a su correspondencia de franqueza, J. a mis instrucciones, yo a mi conocimiento. Y sin embargo todo fue para seguir el curso que la vida debía seguir. Las realidades de la vida dan razón a los pensamientos. Están de acuerdo con ellos como el aire con las alas de la mariposa” (Larrea 1990, 36-37). En *Corona incaica* ofreció otra versión de los hechos (Larrea 1960: 32-34).

caica (Larrea 1960, 35). Y así el americanista Paul Rivet, que era director del Museo de Etnografía de París, le convenció, al parecer por intermedio de amigos comunes como el escultor de origen polaco Jacques Lipchitz,²⁰ para que la exhibiese en la inauguración de la gran rotonda del nuevo Palacio del Trocadero, sede del futuro Musée de l'Homme. Allí estuvo expuesta entre junio y octubre de 1933.

Hay que tener en cuenta que, ya en 1928, se había celebrado en París una exposición de arte precolombino, comisariada por Alfred Métraux y Georges-Henri Rivière, en cuyo catálogo había participado Paul Rivet, junto a profanos admiradores de ese arte como Georges Bataille o Paul Morand (Métraux y Rivière 1928; Peltier-Caroff y Sevilla 2016). Uno de los artistas que quedó fascinado por esa exposición fue el uruguayo Joaquín Torres-García (Rank 2018), amigo del poeta chileno Huidobro, quien a su vez era amigo de Larrea.

Cinco años después fue el mismo Rivet el que se encargó de preparar un cuidadoso catálogo ilustrado de una exposición (Rivet 1933) en la que nuevamente se propició un diálogo entre arte y arqueología, como en la exposición de 1928, y como también habían promovido en el siglo XIX algunos fundadores del americanismo como Jiménez de la Espada, según revelan algunos de sus últimos artículos en la revista *Historia y Arte* en el bienio 1895-1896.²¹

Nuevamente en el París de 1933, los criterios estéticos precolombinos parecieron encontrar eco en el gusto de los visitantes. Así lo hizo constar el crítico de arte de *Le Temps* François Thiebault-Sisson, quien quedó admirado de la calidad artística de las 562 piezas exhibidas.²²

La siguiente etapa en la circulación de esa singular colección sería su desplazamiento a España, en compañía de su propietario. Este se instaló en las proximidades de Madrid a principios del verano de 1934. En seguida proporcionó noticias a su íntimo amigo el poeta Gerardo Diego sobre los siguientes pasos de sus objetos peruanos en estos términos: “Por mi colección me han dado buenas esperanzas para el otoño después de vacaciones. Ya es tiempo porque la hora del movimiento llega”.²³ Es decir, en ese momento, Larrea estaba pensando en la venta de su colección, lo que ratifica en cartas posteriores a su amigo confidente, de 16 de julio y 22 de agosto de 1934 (Larrea 1986, 276-277).

En diciembre, tras acercarse a Madrid, le vemos sin embargo preparando otra exposición de su colección. Para ello había iniciado conversaciones con el director de la Bi-

²⁰ Así lo sostiene Juan Manuel Bonet en el texto de presentación de la exposición *Otras miradas*, que se celebró en la Biblioteca Nacional de España, en colaboración con el Museo de América, entre el 23 de mayo y el 8 de julio de 2012. En ella se conmemoró la Exposición de Arte Inca de 1935 en la que se expuso en Madrid la colección de Juan Larrea (Bonet 2013, 16-19). De la estrecha relación que tuvo Larrea con el escultor Jacques Lipchitz se encuentra información en su diario (Larrea 1990, 256-257).

²¹ Véase una relación de la producción de ese viajero naturalista e historiador americanista, en López-Ocón y Pérez-Montes (2000, 183-196).

²² Su crítica apareció publicada en el diario *Le Temps* el 6 de julio de 1933, p. 5, con el título “Au musée d’ethnographie. L’Art des Incas”.

²³ Juan Larrea a Gerardo Diego, San Ildefonso [de la Granja], 29 junio 1934 en Larrea (1986, 275).

biblioteca Nacional de España, Miguel Artigas. El 22 de diciembre de 1934 se comunica nuevamente con Gerardo Diego diciéndole: “Salimos mañana hacia París con objeto de levantar la casa y traernos los niños y las antigüedades. La exposición va tomando cuerpo” (Larrea 1986, 282).

En efecto, a lo largo del año 1935, tras su traslado desde París, la colección Larrea fue exhibida en dos ciudades españolas, acompañada de sendos catálogos, de muy diferente factura.

Así, el público madrileño pudo contemplar, a partir de mediados de mayo y hasta septiembre de 1935, los ejemplares del arte inca de la colección Larrea que estaban acompañados de gráficos, fotografías y mapas. El 15 de mayo fue inaugurada la exposición en el Palacio de Bibliotecas y Museos por el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, y el ministro plenipotenciario del Perú, Juan de Osma. Para anunciarla, el pintor Benjamín Palencia diseñó “un bellissimo cartel litográfico, libremente inspirado en unos *keros* o vasijas de madera pintadas incas” (Bonet 2013). Ese joven artista español era uno de los integrantes del Grupo de Arte Constructivo madrileño que había articulado a partir de 1933 el pintor uruguayo Joaquín Torres-García, impulsor de un arte indo-americano.

En el acto de inauguración tomaron la palabra el decano de los americanistas españoles, el historiador Rafael Altamira, quien se lamentó del desinterés que había habido en la España contemporánea por la arqueología americana, y el diplomático peruano Juan de Osma, que sugirió la conveniencia de crear en Madrid un Museo de Indias, al que el gobierno peruano daría su apoyo.

Quienes visitaron esa exposición madrileña, entre ellos significativos críticos de arte de aquel momento como Manuel Abril (1935) o Ángel Vegué y Goldoni (1935)²⁴, dispusieron de una útil guía para orientarse entre los numerosos objetos que pudieron contemplar. Se trataba de un catálogo elaborado por la conservadora de la sección precolombina del Museo Arqueológico Nacional María del Pilar Fernández Vega, una de las primeras mujeres que había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y por el profesor alemán Hermann Trimborn (Trimborn y Fernández Vega 1935). Ese investigador alemán, que era profesor de la Universidad de Bonn, había sido seleccionado en 1933, por su buena preparación en los modernos métodos de investigación y por ser “muy concienzudo”, para hacerse cargo de la nueva cátedra de arqueología precolombina y etnografía de América en la Academia de la Historia, pero aneja a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, financiada por la Fundación Conde de Cartagena (Vélez 1997). Poco después de instalarse en Madrid, Trimborn puso a trabajar a sus alumnos en el estudio de la colección Larrea durante los primeros meses de 1935 para hacer el catálogo de la exposición.

Uno de los primeros lectores de ese catálogo valoró así esa labor:

²⁴ Estos y otros nombres aparecen en las noticias ofrecidas por varios diarios sobre la inauguración de esa exposición. Véase, por ejemplo, *Ahora*, 16 de mayo de 1935, p. 5 y *El Sol*, 16 de mayo de 1935, p. 4.

Los autores del Catálogo, señores Trimborn y Vega, dividen la exposición en las siguientes secciones: Recipientes de madera, vasos de gran tamaño, destinados generalmente a beber chicha; recipientes de cerámica, representados por los aríbalos (palabra griega que, según los señores citados, debe ser sustituida por la quechua puyñu), vasijas de cuello abocinado, además de una gran colección de objetos de cerámica; recipientes de piedra, denominados en quechua mutk'a Kollota, y que son a modo de morteros; recipientes de paja, es decir cestillos, con diversos adornos; vasos colgantes, que a veces se confunden con los silbatos por la estrechez de su boca; esculturas y objetos rituales, tal vez la parte más interesante de la exposición, por su importancia artística y por su escasez; objetos de adorno y atavío, la mayor parte de oro y plata; objetos de tocador, de usos varios e ingeniosos; armas, representadas genuinamente por los rompecabezas o champi; instrumentos músicos, silbatos cascabeles o chanrara y flautas o piritu; instrumentos varios; instrumentos para hilar y tejer, con los piruru o arandelas de piedra, ruki o huesos, y quisca o espinas de bronce y madera; tejidos de lana y algodón, y por último, la sección de varios comprende algunos objetos de difícil catalogación (Castedo 1935, 614).

Tal y como expuso ese crítico, que tiempo después se exiliaría a Chile convirtiéndose en un estudioso del arte precolombino y colonial americano, la mencionada exposición madrileña de la colección Larrea significó “un fortísimo paso más en pro de las investigaciones científicas de un mundo que hace poco hemos empezado a conocer: América” (Castedo 1935, 615).

El Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla

La percepción de ese avance en las investigaciones americanistas que se estaban efectuando en diversos círculos académicos y sociales españoles se vio ratificada semanas después con motivo de la celebración en Sevilla del XXVI Congreso Internacional de Americanistas, inaugurado el 12 de octubre de 1935.

Uno de los participantes en ese congreso fue el ya mencionado Manuel Ballesteros Gaibrois. Ese joven archivero, hijo del influyente historiador conservador Antonio Ballesteros Beretta, había residido en Alemania y Francia durante los cursos 1933-1934 y 1934-1935 como pensionado de la JAE para formarse como americanista tras haber iniciado una tesis doctoral sobre “La cerámica peruana del Museo Arqueológico de Madrid”.²⁵ Y había instado antes de emprender su periplo europeo a que se potenciasen los estudios sobre la América antigua en España mediante una intervención simultánea en tres ámbitos: en la museología, relanzando la sección americana del Museo Arqueológico Nacional; en la universidad, fomentando sus estudios, y en la investigación, creando un centro de investigaciones sobre la América precolombina (Ballesteros 1933).

Al regreso de su viaje formativo, y tras haber participado en el Congreso Americanista de Sevilla, hizo un balance optimista del significado de esa asamblea científica

²⁵ Véase Archivo de la JAE. Residencia de Estudiantes. Expediente JAE/1445.

en dos artículos que publicó en la *Revista de Estudios Hispánicos* (Ballesteros 1935b y 1935c).

En su opinión, ese congreso se había celebrado en un momento especialmente oportuno en el desenvolvimiento de los estudios americanistas en España, como era el año 1935 (Ballesteros 1935b). En ese año 1935 se había logrado crear un Seminario de Estudios Americanistas en la Universidad de Madrid, impulsado y dirigido por el propio Ballesteros al reincorporarse al medio académico español tras haber disfrutado en Alemania y Francia de un beca otorgada por la JAE. En ese seminario habían colaborado americanistas como la holandesa Guya Duyuis y el alemán Walter Lehmann, tutor de Ballesteros en Alemania. También, junto a la exposición Larrea exhibida en la Biblioteca Nacional, se había celebrado una exposición etnográfica impulsada por el aviador capitán Francisco Iglesias que quería organizar una expedición al Amazonas (López Gómez 2002). Y el Centro de Estudios Históricos de la JAE había creado su sección hispanoamericana, cuyo portavoz fue la revista *Tierra Firme*.

Todo ese esfuerzo colectivo había culminado con la celebración del congreso sevillano donde se congregó un sector representativo de la ciencia americanista universal.

Con motivo de esa reunión científica –el tercer congreso americanista que se celebraba en España tras el de Madrid de 1881 y el de La Rábida de 1892– se llevaron a cabo en Sevilla dos exposiciones. Una, cartográfica, en el Archivo de Indias, organizada por su director, Juan Tamayo, el marino Julio Guillén y el académico de la Historia Ángel Altolaguirre. La otra, la de la colección Larrea, estuvo ausente significativamente en los dos artículos dedicados por Manuel Ballesteros Gaibrois al congreso en las páginas de la *Revista de Estudios Hispánicos* (Ballesteros 1935b y 1935c), lo que revela las tensiones existentes entre esos dos archiveros interesados por las antigüedades americanas. Ballesteros sí informó, sin embargo, de que el catedrático de la Universidad de Barcelona Luis Pericot había ofrecido a los congresistas *La América indígena*, “monumental libro” recién publicado que estaba concebido, según Ballesteros Gaibrois, como el comienzo de una gigantesca *Historia de América* editada por la Casa Salvat, la cual dirigía su padre, Ballesteros Beretta (Ballesteros 1935b, 448), y que daría lugar a veintisiete volúmenes producidos posteriormente a lo largo de dos décadas.

En efecto, la colección Larrea también se exhibió en el congreso de Sevilla y, como ocurrió en Madrid, estuvo acompañada de un catálogo (Anónimo 1935). Pero en esa ocasión no tenía firmante. Se responsabilizó de su edición el comité organizador del congreso.

Esos editores optaron en esa ocasión por ofrecer una galería visual de la colección presentando a través de un centenar de láminas fotografías de una importante selección de piezas de la colección, hechas por un fotógrafo apellidado Rioja.

Ofrecieron también otra serie de elementos informativos. Además de un mapa del alto Perú y de la región de Cuzco, de donde procedían la mayor parte de las piezas que se exhibían, elaboraron una nota para mostrar la correspondencia entre los números de las láminas de ese volumen con los números del catálogo de la exposición madrileña para que el lector pudiese encontrar una descripción de los objetos en ese catálogo edi-

tado en Madrid. Y también presentaron un estudio introductorio. En él se pretendió hacer una breve historia de la colección Larrea y ofrecer un complemento explicativo del conjunto de láminas, basándose en los estudios más relevantes existentes por aquel entonces sobre el imperio inca y el antiguo Perú, aportados por arqueólogos e historiadores. Asimismo, efectuaron un recorrido panorámico por los diferentes grupos en los que ordenaron la colección: las piezas de cerámica, como los *puyñus* o *p'ucus*; los trabajos en piedra, llamando la atención sobre treinta y nueve figuritas de turquesa y la gran cabeza que identificaron con Wiracocha, erróneamente según mostrara años después Larrea en el capítulo denominado “Una estatua-enigma del Cuzco” que publicara en *Corona incaica* (Larrea 1960, 153-209); los objetos de metal, como los *tumis* o cuchillos; los objetos de madera, entre los que sobresalían un importante conjunto de keros incaicos de formas y decoraciones muy variadas y los tejidos.

Otra cuestión que también omitió Manuel Ballesteros Gaibrois en la noticia que ofreció sobre el desarrollo del Congreso Americanista celebrado en Sevilla en octubre de 1935 fue la moción presentada por la Asociación Española de Amigos de la Arqueología Americana, cuyas vicisitudes se presentan a continuación.

La Asociación Española de Arqueología Americana

Efectivamente, en el transcurso del congreso americanista de Sevilla, la Asociación Española de Amigos de la Arqueología Americana, fundada en Madrid el 26 de junio de 1935 y presidida por Rafael Altamira, presentó una moción recabando de los poderes públicos españoles la creación de un Museo de Indias y solicitando a los gobiernos hispanoamericanos una contribución eficaz para la realización de ese objetivo.

Tal moción fue apoyada por los americanistas más significativos que acudieron a Sevilla. Entre ellos se encontraban Max Uhle, presidente de honor de la delegación alemana, y quizás el más importante de los arqueólogos “americanistas” del primer tercio del siglo xx; el también alemán Konrad Th. Preuss, director del Museo Etnológico de Berlín; el francés Raoul d’Harcourt; el italiano Guido Callegari; los arqueólogos argentinos Francisco Aparicio y Fernando Márquez Miranda; el mexicano Pedro de Alba y el peruano Raúl Porras Barrenechea (Larrea 1940, 107).²⁶

Evocaría ese acontecimiento, ya en su exilio mexicano, Juan Larrea, quien ante el éxito cosechado en Madrid por la exposición de su colección en la Biblioteca Nacional convenció a una serie de personas para constituir en Madrid una Asociación de Amigos de la Arqueología Americana, cuyo acto fundacional tuvo lugar en la Biblioteca Nacional de Madrid el 26 de junio de 1935, y en la que Larrea ocupó el puesto de

²⁶ Véase al respecto “Documentos para la historia. Doce de octubre de 1937. Creación del Museo y de la Biblioteca de Indias en Madrid”, *España peregrina*, Ciudad de México, año primero, octubre de 1940, pp. 102-112. El texto no está firmado, pero cabe atribuirlo a Juan Larrea. Él fue el impulsor de *España peregrina*, publicación que ejerció de portavoz de la Junta de Cultura Española creada por el gobierno republicano en el exilio, y de la que Larrea era su secretario desde su constitución en marzo de 1939.

secretario en una junta directiva muy nutrida,²⁷ formada por una docena y media de “notabilidades oficiales”.²⁸

En esa reunión fundacional ya se cambiaron impresiones sobre cómo había que proceder para crear en España un Museo de Indias, tomando como base la intervención que había tenido el diplomático peruano Juan de Osma en el acto de inauguración de la Exposición de Arte Inca celebrado el 15 de mayo de 1935.²⁹

La constitución de la Asociación fue saludada con alborozo por los escasos americanistas existentes en España, como le sucedió a Manuel Ballesteros quien, estando en Berlín en julio de 1935, consideró que su fundación significaba el colofón de un “resurgimiento” de los estudios americanistas en la sociedad española, donde las aportaciones en los últimos cuarenta años a los conocimientos de un saber que era “un océano de océanos” era nulo (Ballesteros 1935a).

La trayectoria de esa asociación, destinada a fomentar en España el conocimiento de la arqueología precolombina y ciencias afines y promover y propagar los estudios referentes a esas disciplinas,³⁰ fue corta pero intensa.

Su funcionamiento efectivo se redujo prácticamente a un semestre. En él sus integrantes organizaron una serie de conferencias aprovechando el paso por Madrid de diversos arqueólogos latinoamericanos, se movilizaron para organizar una nueva exposición de antigüedades americanas y perseveraron en su idea fundacional de que la Asociación actuase como grupo de presión para la creación en Madrid de un museo de Indias³¹. Veamos más en detalle cada uno de estos tres aspectos que marcaron el desarrollo de la Asociación alentada por Juan Larrea y Rafael Altamira.

La primera actividad científica promovida por la Asociación fue la organización en Madrid de la conferencia que impartió el 9 de enero de 1936 en la sede de la Unión Iberoamericana el catedrático de Historia Antigua de la Universidad Nacional de México Rafael García Granados, que se dirigía a Sevilla a impartir un curso invitado por el Centro de Estudios Americanos de esa ciudad. Presentado por Rafael Altamira, este

²⁷ Una relación de sus integrantes en Larrea (1960, 55-56), donde también se puede contemplar una foto del acto fundacional de esa asociación cuando Rafael Altamira, el presidente de la Asociación, se dirige a los integrantes de la junta directiva.

²⁸ Así se lo comunicó a su amigo Gerardo Diego en carta fechada en El Plantío el 2 de julio de 1935 en la que le decía: “Días pasados quedó fundada la Sociedad de Amigos de la Arqueología Americana de la que forman parte todas las notabilidades oficiales. Esto marcha. Y sin duda marchará a más y mejor” (Larrea 1986, 283).

²⁹ Así lo atestiguan diversos periódicos, que recogieron en un suelto los acuerdos de esa reunión. Véanse, por ejemplo, *Ahora*, viernes 28 de junio de 1935, p. 24; *La Época*, 29 de junio de 1935 p. 35; *La Libertad*, 3 de julio de 1935, p. 8.

³⁰ Así lo expuso la *Revista de las Españas*, 1 de abril-30 de junio 1935, p. 250.

³¹ Por ejemplo, cuando el diario *El Sol*, el 22 de junio de 1935, p. 5, informó de una sesión de la Academia de la Historia, señaló que “la Academia tomó conocimiento de una comunicación de don Juan Larrea sobre constitución de una Sociedad de amigos de la Arqueología americana para la creación de un Museo de Indias”.

bisnieto del historiador José Fernando Ramírez,³² disertó sobre la arqueología mexicana como fuente de la historia colonial de España. En su conferencia proyectó en la pantalla algunas vistas de monumentos mayas, y presentó la famosa tumba número siete de Monte Albán, en el estado de Oaxaca. Y en su transcurso se comprometió a hacer gestiones en su país para el envío de objetos arqueológicos “en beneficio del Museo que se intenta crear en Madrid y para la realización en esta capital de una Exposición temporal de Arqueología mejicana, que se realizaría con el concurso del Gobierno mejicano”.³³

En febrero de 1936, el miércoles 12, el segundo conferenciante fue el joven cate-drático de las Universidades de Buenos Aires y La Plata Fernando Márquez Miranda, recién doctorado por la Universidad de Madrid, quien tras haber participado en el congreso internacional de Americanistas de Sevilla realizó varias actividades científicas en la capital española. Por un lado, junto a su colega argentino el doctor Aparicio impartió un cursillo de seis conferencias sobre las poblaciones nativas del noroeste argentino en el Seminario de Estudios Americanistas que dirigía en la Universidad de Madrid Manuel Ballesteros Gaibrois (Ballesteros 1935c, 546-547). Por otro lado, tras ser presentado por el presidente de la Asociación de Amigos de la Arqueología Americana Rafael Altamira, dio la conferencia “Cultura de los pueblos primitivos de la Argentina” sobre los recientes avances de la arqueología argentina y el mapa étnico de ese territorio sudamericano a la llegada de los europeos. Así, tras presentar las áreas culturales de las poblaciones amerindias argentinas e informar de recientes hallazgos arqueológicos como los que se habían producido en Santiago del Estero, apoyado en numerosas proyecciones, también se comprometió a ayudar a la Asociación de Amigos de la Arqueología Americana en su propósito de crear en Madrid un Museo de Indias “digno de América y de España” mediante la obtención de fondos arqueológicos en Argentina.³⁴

Una nueva conferencia —la última de la que tenemos noticia— se impartió el 8 de abril de 1936 a las seis y media de la tarde, nuevamente en los locales de la Unión Iberoamericana, en la madrileña calle duque de Medinaceli, 6. En esa ocasión el conferenciante fue Ricardo Castañeda Paganini, que era secretario del consulado general de Guatemala en Madrid y que sería un destacado diplomático e intelectual guatemalteco. Su disertación, ilustrada con proyecciones y basada en documentación en gran parte inédita, versó sobre “La arqueología maya a través de los cronistas españoles”. En ella destacó las descripciones realizadas por el oidor de la audiencia de Guatemala, el licenciado Palacio, sobre las ruinas de Copán, en la actual república de Honduras, las descripciones efectuadas sobre las ciudades mayas por el cronista guatemalteco Antonio de Fuentes y Guzmán en su obra *Recordación florida*, y los estudios realizados en el

³² Este dato consta en un artículo del historiador conservador Carlos Pereyra (1936). En él efectuó una ácida crítica a la política cultural del México coetáneo.

³³ *Ahora*, viernes 10 de enero de 1936, p. 26; y entrevista en *El Sol*, jueves 16 de enero de 1936, p. 4.

³⁴ *Ahora*, jueves 13 de febrero de 1936, p. 37

siglo XVIII sobre las ruinas de Palenque, culminados con los informes de Antonio del Río y los dibujos de sus colaboradores.³⁵

Rafael Altamira aprovechó los minutos que dedicó a la presentación del conferenciante a informar de la buena marcha de los destinos de la asociación que presidía y a agradecer el apoyo de las naciones americanas al cumplimiento de sus objetivos como eran los gestos adoptados por peruanos, argentinos y recientemente por el gobierno de México. De esa república se habían recibido comunicaciones en las que se anunciaba “el generoso envío de una valiosísima colección de objetos arqueológicos con destino al proyectado Museo de Indias”, así como maquetas de monumentos, de manera que en su opinión era de esperar “que no tardaremos mucho en tener en Madrid el museo digno del pasado y del futuro de España”.³⁶

Así pues, en los meses previos al estallido de la Guerra Civil o guerra de España la efervescencia americanista en Madrid era notoria, y la actividad de la Asociación de Amigos de la Arqueología Americana, intensa. Así se deduce de la siguiente carta que Juan Larrea, secretario de la mencionada sociedad, y estrecho colaborador de Rafael Altamira en su seno, dirigió a su íntimo amigo, el poeta Gerardo Diego, que era catedrático de instituto en Santander, el 8 de marzo de 1936 desde El Plantío, en las afueras de Madrid:

Te voy a obligar a escribirme haciéndote un encargo. Me dicen que en el Instituto de Santander, en algún museillo de que debe disponer, existen algunas antigüedades americanas. ¿Es cierto? Me dicen también que en la Sociedad Menéndez Pelayo ocurre el mismo extraordinario fenómeno. ¿Te sería difícil darme detalles lo más circunstanciados posible? Estoy, es decir está la Sociedad de Amigos de la Arqueología Americana organizando una exposición importante para el mes de Mayo y quisiéramos reunir cuantos objetos de interés existen en España. De ahí mis preguntas, a las que añadiré la última. ¿Será difícil que con ese motivo nos presten dichas antigüedades haciéndonos cargo de cuantos gastos originen? La exposición será en Amigos del Arte a todo postín (Larrea 1986, 289).

Días después, tras quejarse por no haber recibido contestación a la carta anterior y comentarle que “sigo trabajando alegremente” y que las perspectivas eran buenas le reconoce que “aún no nos han entregado la subvención necesaria pero creo que la exposición se celebrará” (Larrea 1986, 290). Más tarde, el 7 de mayo de 1936, instalado en Vallecas, en las proximidades de Madrid, le vuelve a escribir Juan Larrea a Gerardo Diego otra carta, muy esclarecedora acerca de la marcha de la mencionada asociación de amigos de la arqueología americana, de la proyectada exposición de antigüedades americanas en la Sociedad de Amigos del Arte, y de las vicisitudes de su colección. He aquí parte de su contenido:

Querido Gerardo: Muchas gracias por tu carta y tus preciosas indicaciones americanistas. Nuestra exposición, por cierto, ha tenido que demorarse por falta a última hora de la subvención prometida. Con ella varios de nuestros proyectos se han derrumbado. Hemos recibido, en cambio, anuncio oficial de una donación arqueológica del gobierno mejicano. Esto empieza a marchar.

³⁵ *El Sol*, viernes 10 de abril de 1936, p. 4; *Ahora*, miércoles 8 de abril de 1936, p. 27.

³⁶ *El Sol*, viernes 10 de abril de 1936, p. 4; *Ahora*, viernes 10 de abril de 1936, p. 23.

Mas, dada la situación de España, interpreto esta demora de nuestras actividades como ocasión propicia para la publicación de mi libro. Como sabes estaba a la espera de la venta de mi colección. Hoy me parece que la evidente necesidad pública de un poco de luz sitúan en un segundo plano mis intereses. Quién sabe, además, cuál es el camino que conduce más rápidamente al apetecido desenlace (Larrea 1986, 290-291).³⁷

Diez días después de esa carta, se publicó en el prestigioso diario *El Sol*, a toda página, una larga entrevista a Rafael Altamira, firmada por A. Rioja, acompañada de seis llamativas fotografías de piezas arqueológicas hechas por el mismo autor de la entrevista, que a su vez era el autor de las láminas del libro-catálogo de la exposición sobre la colección Larrea que se había celebrado en Sevilla meses atrás.

Altamira, que acababa de jubilarse al cumplir setenta años el 10 de febrero de ese año de 1936, y tras cuarenta de dedicación a los estudios americanistas, decidió salir a la palestra para reclamar la conveniencia de crear el Museo de Indias, al que presentaba como el instrumento de trabajo idóneo para comprender América, “no sólo por lo que tiene de español como se ha hecho hasta aquí, sino por lo que tiene de americano”. Y planteaba la conveniencia de que se erigiera en la nueva Ciudad Universitaria que se estaba construyendo, “foco donde ha de fraguarse la España del mañana”. E insistía en su planteamiento de que debía de concebirse como un “centro preparatorio de otras elevadas empresas hispanoamericanas”, presentando varios interrogantes y aduciendo las siguientes reflexiones:

Por otra parte, ¿cómo no apasionarse por esos innumerables problemas que plantean para el conocimiento del hombre los multiformes pueblos de América? ¿Dónde encontrar un material humano más rico que en esa gama infinita de culturas, que abarca desde la más primitiva a la más esplendorosa? Méjico, Guatemala, Colombia, Perú, Bolivia, por no citar sino los más destacados, son otros tantos documentos de valor todavía incalculable. Por eso muchos hombres de ciencia de todos los países escudriñan ese pasado, tan generosamente instructivo. Por la misma razón acabaremos haciéndolo nosotros cuando ese Museo sea el digno complemento de nuestro Archivo de Indias, único en el mundo. E incluso América puede encontrar conveniencia en poseer en Europa una sucursal digna de ella misma.³⁸

³⁷ Los editores de esa correspondencia, Enrique Cordero de Ciria y Juan Manuel Díaz de Guereñu, señalan en nota a pie de página, a propósito de esa carta: “Primera muestra evidente del cambio de actitud de Larrea con respecto a su Colección, paralela a su postura ante la realidad, progresivamente idealista y desprendida, cambio de actitud que culminará con la donación de la Colección al pueblo español, que se hizo efectiva en septiembre de 1937 en Valencia (véase carta del 25 de junio de 1937) en plena guerra civil”. Y añaden: “Véase ‘Creación del Museo y de la Biblioteca de Indias’, *España peregrina*, (Alejandro Finisterre, Ed., edición facsímil, México, 1977), nº 8-9, octubre 1940, págs. 102-108, donde se reproduce el decreto del 12 de octubre de ese año, redactado por Tomás Navarro Tomás y Juan Larrea”.

³⁸ “La creación de un Museo de Indias. Se hará con un donativo del Gobierno mejicano. Entrevista con D. Rafael Altamira”, A. Rioja, *El Sol*, 17 de mayo de 1936, p. 5. Con seis fotos de ese autor: a) Figura de oro del tesoro de los Quimbayas, donación de la República de Colombia; b) Adorno de piedra, de procedencia mejicana (Museo Arqueológico de Madrid); c) Vaso procedente de Trujillo (Perú), Museo Arqueológico de Madrid; d) Templo de los guerreros de Chichen Itzá (Yucatán); e) Adorno del juego de pelota de unas ruinas mayas (Museo Arqueológico de Madrid), f) sin nombrar: parece una construcción incaica.

De hecho, antes de iniciarse la catástrofe europea con la guerra que se inició en España ya el arquitecto de la Ciudad Universitaria, Luis Lacasa, estaba trabajando en los planos del Museo de Indias.³⁹

EPÍLOGO

Se ha mostrado pues cómo antes del inicio de la rebelión militar de julio de 1936 estaba en marcha en Madrid la creación del Museo de Indias gracias a la conjunción de esfuerzos mancomunados, y a una trama formada por actores diversos: historiadores, museólogos, diplomáticos, publicistas y también objetos arqueológicos. En esa trama he destacado tres protagonistas: una colección de antigüedades peruanas, expresivas del arte del impero inca, que se trasladó de manera itinerante del Perú a Madrid entre 1931 y 1936, pasando por París y Sevilla; una iniciativa asociativa de entusiastas americanistas que decidieron colaborar para promover el estudio de la América precolombina e impulsar la creación de un lugar de la memoria de las sociedades amerindias en una ciudad europea; y el desarrollo de unas disciplinas científicas, como la arqueología y la etnografía, destinadas a potenciar el conocimiento de las poblaciones nativas americanas, como se había revelado en el congreso internacional de americanistas de Sevilla, celebrado en Sevilla en octubre de 1935. Tales disciplinas las estaban impulsando en el Madrid republicano el profesor alemán Hermann Trimborn,⁴⁰ e investigadores

³⁹ El 12 de octubre de 1940 Juan Larrea, ya exiliado en México, mencionó el nombre del arquitecto al decir lo siguiente: “Algún día celebraremos un *Doce de Octubre* poniendo en Madrid la primera piedra de un magnífico edificio destinado al Museo de Indias, cuyos planos estaban ya encargados a nuestro compañero el arquitecto de la Ciudad Universitaria, Luis Lacasa, cuando estalló la rebelión militar en julio de 1936. Y ese día, por la densidad de su significado, será para todos nosotros –podemos declararlo con anticipación– uno de los señalados de nuestra existencia” (Larrea 1940, 112). Dos décadas después, omitió el nombre de ese arquitecto, quizás por la militancia comunista de Luis Lacasa, al escribir “Proyectábase construir un Museo de Indias en la Ciudad Universitaria, cuyo estudio se encomendó a un arquitecto de esta institución, para llenarlo con aportaciones que estaban ya tramitándose”. Y añade en nota a pie de página: “Constan estos antecedentes, con sus detalles y discursos, en el folleto *Asociación de Amigos de la Arqueología Americana. Breve historia de su fundación*, Madrid, 1935. En nota de final del presente escrito se copian los nombres y títulos de los miembros de la impresionante Junta Directiva, según aparecen en ese folleto. Socios de honor de la institución eran, según el artículo 6 de sus Estatutos, los representantes diplomáticos de todos los países hispanoamericanos, acreditados en Madrid” (Larrea 1960, 38).

⁴⁰ Así, el diario *El Sol* de 5 de mayo de 1936, p. 5 informó de la conferencia impartida por el doctor Trimborn en el seno de la Sociedad de Antropología y Etnografía de Madrid sobre “Dos fórmulas de oración en el Perú precolombino” como resultado de sus investigaciones sobre el manuscrito en lengua quichua de Francisco de Ávila. Pocos días después –el 10 de mayo– el propio Trimborn publicó en el mismo diario, en su sección “Los libros”, un extenso e interesante artículo que tituló “España y los estudios etnográficos de Iberoamérica”. El 7 de junio también la sección “Los libros” de *El Sol* informaba que bajo la dirección de Hermann Trimborn y en la serie “Studien zur Kulturkunde” que editaba Leo Frobenius, se acababa de publicar un tomo de “Fuentes de la historia cultural de la América precolombina”, en español y en alemán. Y el redactor añadía: “La obra, muy bien presentada por la editorial Strecker und Schröder, de Stuttgart, vale 6,75 marcos”.

de la sección hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de la JAE que se manifestaban a través de su revista *Tierra Firme*.⁴¹

Pero sería en pleno fragor de la contienda civil que asoló la sociedad española entre 1936 y 1939 cuando se dio apoyo oficial a la creación de tal museo al que se unió una biblioteca. Las razones, políticas, culturales y científicas, han sido expuestas en la primera parte de este texto.

Cómo valoró ese acontecimiento posteriormente Juan Larrea, uno de los redactores del decreto fundacional de esos lugares de la memoria, ha de ser objeto de otra investigación. Baste decir que el 12 de octubre de 1940, ya en su exilio mexicano, consideró que ese decreto de 12 de octubre de 1937 “constituía un testimonio de fraternal interés hacia la ascendencia indígena de los pueblos del nuevo continente” y un acto de desagravio a la labor exterminadora llevada a cabo por el pueblo español en tierras americanas ya que ningún “Gobierno español lo bastante generoso” había sido capaz de denunciar los fundamentos de esa acción destructora “para condenarla y reparar sus daños en aquello que tuvo de inconsciente, injusta y excesiva”. Aunque reconoció que el decreto fundacional del Museo y Biblioteca de Indias del 12 de octubre de 1937 también tuvo el objetivo de reforzar “los antiguos nexos espirituales que vinculan lo típicamente americano a lo profundamente español, fomentando la cooperación solidaria de ambos términos en pro de aquel universalismo que prácticamente entró en vías de hecho el día en que plantas españolas hollaron por primera vez el nuevo continente” (Larrea 1940, 103-105).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abril, Manuel. 1935. “Crónica de Artes plásticas. América y España”. *Revista de las Españas*, julio-septiembre: 285-288.
- Anónimo. 1935. *Arte peruano*. (Colección Juan Larrea). Madrid: Tipografía de Archivos (XXVI Congreso Internacional de los Americanistas, Sevilla, 12 de octubre de 1935. Publicación del Comité organizador), 22 pp. + 100 láms.
- Ballesteros Gaibrois, Manuel. 1933. “El problema del americanismo en España”. *Anales de la Universidad de Madrid. Letras II*, nº 2: 32-237.
- (1935a). “La Sociedad de Arqueología Americana”. *Revista de Estudios Hispánicos*, nº 7: 78-83.
- (1935b). “XXVI Congreso Internacional de los Americanistas. La Fiesta de la Raza”. *Revista de Estudios Hispánicos*, nº 10: 444-449.
- (1935c). “Americanistas en España. Curso universitario”. *Revista de Estudios Hispánicos*, nº 11: 542-547.
- Bernabéu Albert, Salvador. 2007. “Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en vísperas de la guerra civil”. *Revista de Indias LXVII*, nº 239: 251-282.

⁴¹ La salida del sexto número de esa publicación mereció un amplio artículo en la sección “Los libros” de *El Sol*, p. 2, con el título “Panorama del americanismo. Con motivo de la publicación del sexto número de la revista ‘Tierra Firme’”, el 24 de julio de 1936, ya en tiempos de guerra.

- Bernabéu Albert, Salvador y Consuelo Naranjo Orovio. 2008. *Tierra Firme. Revista de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos. Estudio introductorio e índices*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Bonet, Juan Manuel, coord. 2013. *Biblioteca Nacional de España: otras miradas*. Madrid: Ministerio de Cultura/Biblioteca Nacional.
- Castedo Padilla, Leopoldo. 1935. "La exposición de Arte Inca en Madrid". *Revista de Estudios Hispánicos*, nº 5: 614-615.
- García Sebastiani, Marcela. 2018. "1918. El 12 de octubre, una fiesta (trans) nacional". En *Historia mundial de España*, dirigido por Xosé M. Núñez Seixas, 717-724. Barcelona: Destino.
- Gutiérrez Bolívar, Jorge. 1995. "El legado de Juan Larrea". *Anales del Museo de América*, 3: 7-20.
- Hernández, Jesús. 1974. *Yo fui un ministro de Stalin. Memorias de la guerra civil española 1936-1939*. Madrid: G. del Toro Editor.
- Iglesia, Ramón. 1940. "España y las Indias". *España peregrina*, nº 3, 15 de abril de 1940: 133-134 ("Libros y exposiciones").
- Larrea, Juan. 1936a. "Un vaso peruano del Museo de Madrid". *Tierra Firme* II, nº 3-4: 515-534.
- 1936b. "'Lihuis' pajareros". En *Tierra Firme* II, nº 3-4: 540-543.
- 1940. "Documentos para la historia. Doce de octubre de 1937. Creación del Museo y de la Biblioteca de Indias en Madrid". *España peregrina*, Ciudad de México, año primero, octubre de 1940: 102-112.
- 1944. *El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*. Ciudad de México: Ediciones Cuadernos Americanos.
- 1957. *César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su Razón*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba-Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.
- 1960. *Corona incaica*. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad Nacional de Córdoba.
- 1967. *Del surrealismo a Machupicchu*. Ciudad de México: Joaquín Mortiz.
- 1977. *Guernica: Pablo Picasso*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo. [Publicada originalmente en inglés en Nueva York en 1947.]
- 1980. *Al amor de Vallejo*. Valencia: Pre-Textos.
- 1986. *Cartas a Gerardo Diego 1916-1980*, edición a cargo de Enrique Cordero de Ciria y Juan Manuel Díaz de Guereñu. Bilbao: Universidad de Deusto.
- 1987. *Rubén Darío y la nueva cultura americana*. Valencia: Pre-Textos.
- 1990. *Orbe*. (Editado por Pere Gimferrer). Barcelona: Seix-Barral.
- López Gómez, Pedro. 2002. *La expedición Iglesias al Amazonas*. Madrid: Ministerio de Medio Ambiente.
- López-Ocón, Leoncio y Carmen M^a Pérez-Montes, eds. 2000. *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898). Tras la senda de un explorador*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- López-Ocón, Leoncio, M^a José Albalá Hernández y Juana Gil Fernández. 2007. "Las redes de investigadores del Centro de Estudios Históricos: el caso del Laboratorio de Fonética de Tomás Navarro Tomás". En *El Laboratorio de España: la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 1907-1939*, editado por José Manuel Sánchez Ron, Antonio Lafuente, Ana Romero y Leticia Sánchez de Andrés, 299-329. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Métraux, Alfred y Henri Rivière, eds. 1928. *Les arts anciens de l'Amérique: [catalogue]*. Paris: Editions G. van Oest.

- Museo. 1944. *Museo de América. Guía de su instalación provisional*. Madrid: Blass.
- Neruda, Pablo. 1956. *Nuevas odas elementales*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Pereyra, Carlos. 1936. “La tragedia de las ruinas”. *Revista de Estudios Hispánicos*, nº 14: 161-165.
- Peltier-Caroff, Carine y Claudia de Sevilla. 2016. “Les objets de l’exposition *Les arts anciens de l’Amérique*, 1928: de nouvelles sources iconographiques et documentaires”. *La Revue des Musées de France. Revue du Louvre* 3: 82-91.
- Ramírez Losada, Dení. 2009. “La exposición histórico-americana de 1892 y ¿la ausencia? de México”. *Revista de Indias* 69, nº 246: 273-306.
- Ramírez Martín, Susana María y Montserrat Domínguez Ortega. 2013. “Custodia de documentos sobre América Latina: el Museo-Biblioteca de Ultramar”. *Anuario Americanista Europeo*, nº 11, Sección Fondos: 9-24.
- Ramos Gómez, Luis y María Concepción Blasco Bosqued. 1979. “Gestación del Museo de América”. *Cuadernos Prehispánicos*, 7: 79-93.
- Rank, Anna. 2018. “Torres García y el arte precolombino”. *Artelogie [online]*, 12. DOI: 10.4000/artelogie.2456.
- Rivet, Paul. 1933. *Art des Incas: Catalogue de l’Exposition de la Collection Juan Larrea au Palais du Trocadero*. Paris: Musée d’Ethnographie.
- Rodrigo del Blanco, Javier. ed. 2018. *Las exposiciones históricas de 1892*. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte (catálogo de exposición).
- Sanz-Pastor y Fernández de Piérola, Consuelo. 1972. *Museos y colecciones de España*. Madrid: Dirección General de Bellas Artes (2ª ed.).
- Trimborn, Hermann y María del Pilar Fernández Vega. 1935. *Catálogo de la Exposición de Arte Inca. (Colección Juan Larrea)*. Madrid: Biblioteca Nacional.
- VV AA. 1936. “Un año de labor cultural de la República Española: julio 1936-julio 1937”. *Tierra Firme* II, nº 3-4: 580-614.
- Vegué y Goldoni, Ángel. 1935. “Información de Arte”. *La Voz*, 4 de junio: 4.
- Vélez, Palmira. 1997. “La Cátedra Cartagena o el surgimiento del americanismo arqueológico en España”. En *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, editado por Gloria Mora y Margarita Díaz-Andreu, 463-470. Málaga/Madrid: Universidad de Málaga/Ministerio de Educación y Ciencia/Centro de Estudios Históricos.
- 2008. “Política e historiografía. El americanismo español hasta 1936”. *Revista de Indias* LXVIII, nº 243: 241-268.
- Zamora Vicente, Alonso. 1979. “Tomás Navarro Tomás (1884-1979)”. *Boletín de la Real Academia Española* LIX: 412-431.

Fecha de recepción: 14.06.2019

Fecha de aceptación: 15.08.2019

Este trabajo es resultado del proyecto de investigación “Desafíos educativos y científicos de la Segunda República española: internacionalización, popularización e innovación en universidades e institutos” (PGC2018-097391-B-I00) financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España. Una versión preliminar fue presentada en el marco del simposio “De Indias. Hacia una historia global del saber”, organizado por Mark Thurner y celebrado en Sevilla y Cádiz el 4 y el 5 de abril de 2019.